

Lo que un día fue una idea en la cabeza de un escritor

Mi vida por aquel entonces era deprimente, un desastre, como esas novelas en las que el protagonista, noble y bondadoso, acaba enamorándose de la persona equivocada, o acaba muriendo, o simplemente no tiene un final feliz.

Por suerte, hay un sitio mejor que la realidad. Así que tras instalarme e informarme de dónde podría hallar paz por fin (tan sólo quedaba a unos minutos desde mi nuevo hogar en Toledo), no dudé ni un segundo, ni un instante, ni un suspiro. Fui directamente a la biblioteca.

Y allí estaba, imponente y enorme, más de lo que habría podido imaginar. Y aunque encontré exactamente lo que había ido a buscar -libros y más libros- mis ojos, acostumbrados a la sencillez de una pequeña y solitaria biblioteca de pueblo, se sorprendieron ante sus maravillas.

Ya me hallaba sentada, leyendo Jane Austen -una de las escasas personas que parecían comprenderme-, sumergida en su época y sus inolvidables personajes, con el silencio congelado en el aire que me rodeaba (no en la burbuja vacía que solía crear a mi alrededor, sino en un silencio natural, completo), cuando escuché una voz resonando en los pasillos de aquel paraíso. Hablaba en un tono normal, como si no estuviese en un lugar sagrado. Alcé la vista de las palabras que hasta hace un momento me habían envuelto como una dulce música y, además del resto de personas sumergidas en sus respectivos libros, pude distinguir a un muchacho de dorados cabellos dirigiéndose hacia un pasillo lateral, diciendo en voz alta cosas que ni yo ni probablemente nadie de allí quería escuchar. Y mi indomable carácter me impidió quedarme sentada como el resto de personas y fingir que nada perturbaba el ambiente, haciendo que me levantase y siguiera a aquel irritante muchacho.

Todavía escuchaba su voz rompiendo descaradamente el silencio, así que intenté seguirla, pero fui incapaz. Antes de darme cuenta ya no sabía donde se encontraba él, ni yo.

Pero lo dejé pasar por esta vez. No tenía ganas de discutir.

Y no habría discutido si al día siguiente no hubiese encontrado al mismo chico irritante de nuevo irrumpiendo en mi remanso de paz. Sucedió cuando ya me había sentado y había escuchado la misma voz. De hecho, cuando alcé la mirada, lo encontré de pie, detrás de una chica que estaba sentada en la mesa leyendo, inclinado sobre el libro de ésta. Me pareció una descarada violación de su privacidad. Continué observándolo mientras él seguía diciendo en voz alta cosas absurdas, pensamientos deshilachados e inconexos, y aunque él siguió inclinándose sobre los libros de cada persona sentada en aquella mesa, nadie se inmutó ni un ápice.

Hasta que se inclinó sobre el mío, lo cerré de golpe y solté:

-¿Cuál es tu problema? -al ponerme en pie para mirarle a la cara, su atractivo me turbó por un instante. No esperaba encontrarme tan cerca esos sorprendidos océanos clavados en mí.

-¿Me ves? ¿Me oyes? -profirió una carcajada incrédula- No lo puedo creer. ¡Me ve! ¿De verdad me ves? ¿Me oyes? ¡Esto es increíble! -empezó a reír y gritar como si nada.

-¡Sssssh! ¡¿Quieres callarte?! Claro que te oigo, estúpido. Y ojala no fuese así.- pero cuando miré a mi alrededor para ver si la gente se había molestado con él, solo encontré miradas irritadas taladrándome a mí. ¡Increíble!

-¡Ven! Van a pensar que estás loca. -me sonrió e hizo un ademán con la mano.

Y no se por qué le hice caso, pero al segundo estaba siguiéndole hacia un lugar más apartado. Aquel muchacho parecía salido de un cuento de hadas. Tenía ese encanto y picardía al hablar que ningún chico real posee, y que todos deberían poseer.

-Por cierto, soy Weesh. Se pronuncia, *Guesh*. Estos escritores de hoy en día... En fin, ¡tengo tantas cosas que contarte! No sé por dónde empezar...

Y me explicó con su voz de ensueño algo sobre que llevaba atrapado allí demasiado tiempo, y que se alegraba mucho de verme. Bueno, de que yo le viese a él. Pero decidí cortar el problema de raíz. Por muy... perfecto que pareciese, al hablar con él descubrirías que el problema real estaba en su mente. Algo no debía funcionarle demasiado bien.

-Mira, Guash, Guels o como te llames, no quiero líos, ¿vale? Así que lo siento, pero yo no... -sin embargo el chico me ignoró y, soltando un suspiro resignado, me arrebató el libro de las manos...- Eh, ¿qué crees qu...?- y lo abrió.

Y entonces una luz cegadora me obligó a cerrar los ojos, y cuando volví a abrirlos, ya no me encontraba en la Biblioteca de Castilla La-Mancha. El suelo de mármol blanco brillaba bajo mis pies, y elegantes cortinas aterciopeladas adornaban las paredes ofreciendo a la estancia una atmósfera elegante y refinada. Pero sobre todo, los pomposos vestidos de época y los trajes de etiqueta eran los que sugerían las palabras "Alta Sociedad Inglesa".

-¿Qué ha pasado? -susurré, anonadada. -¿Dónde estamos?

-Dímelo tú. Es tu libro. -respondió con una sonrisa encantadora.- No está mal, ¿eh?

Se miró el traje que hace cinco segundos no llevaba, satisfecho. Qué bien le quedaba. Y ahora tenía los ojos fijos en mí. Y es que en vez de mis sencillos vaqueros y mi jersey usado, llevaba un vestido de preciosa muselina azulada, algo realmente ridículo si aún me hallase en la biblioteca. Por suerte no era así.

-¿Cómo...? ¿Cómo...?- no me salían las palabras. Aún lo veía todo como en un sueño.

Pero él me cortó y me señaló disimuladamente a un lado de la sala.

Justo en ese momento la gente se hacía a un lado para dejar pasar a los recién llegados. Gente importante, rica, poderosa e influyente. Pero dos hombres parecían brillar sobre los demás. Como si algo que no tenía... Espera, ¿esos no eran...?

El Señor Darcy y el Señor Bringley, sin duda. Allí, en persona, de carne y hueso.

Como si fuesen reales y no el fruto de la imaginación de una escritora de hace dos siglos.

Y pudieron ser minutos u horas después, cuando empecé a escuchar las carcajadas de mi singular acompañante, que me devolvieron a la realidad, o mejor dicho, a aquella dimensión que sin duda no era "la realidad".

Entonces quise acercarme más a aquellos dos hombres que había conocido en las páginas de mi escritora favorita, y que ahora tenía al alcance de la mano. Empecé a avanzar entre la gente disimuladamente, a lo que el muchacho rubio que me había llevado allí susurró:

-¡Eh! ¿Qué haces? -parecía como una advertencia, como si todo fuese un decorado y temiese que llegara al fondo del escenario. Pero eso no me detuvo.

Hasta que al fin llegué a donde se encontraba Darcy, y pude contemplar su rostro con detenimiento. Era mejor incluso de lo que mi imaginación (al lado de esta realidad, defectuosa y descolorida) había logrado contemplar jamás.

Y entonces una mujer me atravesó. Literalmente. Pasó a través de mi cuerpo, a través de mi materia, como si yo no fuese más que una imagen proyectada en el aire vacío. Como si yo fuese la nada. Exactamente como me sentía en ese momento.

-Te lo advertí. -y de nuevo una luz cegadora me obligó a apartar la mirada del hombre de mis sueños, convirtiéndolo todo en un destello blanco y omnipresente.

Al instante, mis vaqueros volvían a estar ahí. Y mi jersey. Y la biblioteca.

Y mi incertidumbre, ella también. Ella siempre.

-"Orgullo y Prejuicio". -comentó- Interesante elección. Claro que, ¿qué otra cosa cabría esperar de una quinceañera romántica y solitaria?

-¿Qué ha pasado? -le ignoré.- ¿Y por qué se ha terminado?

-¿Tú qué crees? -sonrió- Ya habrás sacado tus conclusiones, supongo.

Era verdad, pero todas eran incoherentes y estúpidas, por lo que decidí guardármelas para mí.

Y de repente se me ocurrió la pregunta más obvia.

-¿Quién eres? -pareció dudar ante mi pregunta, preocupado. ¿Por qué? ¿Por mi reacción? ¿Por mi respuesta? Porque después de esto ya nada podía asustarme.

Entonces empezó a retroceder balbuceando algo sin sentido. Pero no lo iba a dejar escapar tan fácilmente. Y cuando fui a detenerle agarrándole por el brazo, lo atravesé. No me atravesó él a mí, sino yo a él. Fue su materia la que se desintegró ante mi presencia; era él el que era una proyección, y yo la que era real.

-Ahora vas a explicarme lo que acaba de pasar.- mi mente no estaba dispuesta a procesar ni un ápice más de información insólita.- Ahora. Por favor.

Y con la tristeza reflejada en el rostro procedió a explicarme que, al igual que mi amado Señor Darcy no era más que un fragmento de imaginación plasmado en papel y adornado con las aportaciones que cada lector inconscientemente hace al leerlo, él...

-Yo... Yo... Espera aquí. -y desapareció entre las estanterías de libros. De repente sentí algo extraño en el pecho, como si su ausencia me oprimiera el corazón. Sentí la necesidad de ir tras él, de impedirle que se alejase de mí. Menuda estupidez.

-Toma.- su voz me sobresaltó y me giré rápidamente hacia él. Me miraba fijamente con sus ojos del color no del mar, sino del océano. El matiz es muy diferente. El mar es algo simple, definido, con un principio y un fin. Pero sus ojos no tenían fin. Sus ojos eran infinitos, como el océano. Sin principio ni fin. Sin los límites absurdos que definen este mundo. -¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Solté una risa forzada y bajé la vista para encontrarme con el objeto que sostenía. Un libro, por supuesto. Bueno, algo parecido. En realidad era una libreta.

Al segundo me estaba preguntando cómo podría haber confundido esa ridícula libreta con un libro. Entonces sentí la tentación de alzar la mirada de nuevo, y no encontré razones para no hacerlo. Tenía su mirada azul clavada en mí, como si esperase algo.

-¿Qué se supone que es eso? -pregunté al fin.

-Claro, sólo funciona si lo hago yo- murmuró y sonrió ante un hecho obvio. Entonces abrió la libreta de par en par y de nuevo la luz lo envolvió todo.

Esta vez no había salones de fiesta ni aristócratas, solo campo, verde campo plagado de amapolas y margaritas, pero ninguna tenue brisa me acariciaba la nariz susurrándome el aroma del romero y de las lilas en flor. No había pájaros sobrevolando el cielo, ni mariposas revoloteando a mi alrededor. Faltaban las abejas polinizando, el viento acariciando la hierba, ni siquiera las nubes se movían. Todo estaba paralizado. Incluso aquel muchacho rubio con la azada sobre su cabeza se había quedado congelado en la lejanía.

-¿Qué está pasando? -pregunté finalmente.

-Nada. Simplemente no está pasando nada. -dio una vuelta sobre sí mismo para observar la escena, y suspiró.- Supongo que esto es lo que hay...

-¿Por qué está todo paralizado? No tendría que ser así, ¿no?

-No, lo cierto es que no. -dijo con pesar. Entonces señaló al campesino rubio de la azada.- ¿Me ves?

-¿Ese eres tú?- bueno, si antes nada tenía sentido, ahora menos todavía.

Y de nuevo la luz me rodeó por completo; y todo volvió a su sitio.

-Señor Darcy -se señaló a sí mismo-, "Orgullo y Prejuicio" -señaló la libreta.- Ah, y Jane Austen. -añadió señalando a un lado de la sala.- Bueno, Jane Austen en una crisis temporal.

-¿Te refieres a aquella mujer? -le interrumpí- ¿La de tez pálida y expresión...?

-¿...frustrada? Sí, justo ella. -hablaba de aquella mujer como un hijo habla de su madre cuando se siente avergonzado de ella.

-¿Ella es tu... escritora? ¿Me estás diciendo que tú eres... un...un...?

-¿Personaje ficticio? -dudó un momento, entre melancólico y temeroso- Sí. Lo que un día fue una idea en la cabeza de un escritor, o escritora, en este caso.

La explicación encajaba a la perfección y, sin embargo, era de lo más descabellada.

-Y esto... Bueno, esta es, literalmente, mi historia. -y me tendió la libreta, pero cuando intenté cogerla, la atravesé.- Esta es la versión irreal. No puedes tocarla. La auténtica la tiene Anne. Mi Jane Austen.

-Todavía no me has explicado por qué está todo paralizado ahí dentro.

-Bueno, todas las escenas están congeladas, porque la idea dentro de la cabeza de Anne también lo está. No es como si estuviese muerta, sino más bien... En coma.

-¿Tu historia está en coma? -murmuré, escéptica.

-¿Por qué si no crees que estoy aquí fuera? ¿Por placer? -pude distinguir en sus ojos una nota de nostalgia, la sombra del deseo de vivir una vida propia.

-¿Había alguien especial allí? -adiviné.

-Puede, aunque... -pareció dudar, así que clavé mi mirada en él, firme- no lo suficiente.

-Y aun así quieres volver. -mis palabras colgaban de un hilo de voz.

Él sonrió y bajó la vista.

-No por nadie, sino por mí. Me gustaría que Anne terminase el libro. Querría... Querría vivir aventuras, cumplir profecías, desafiar leyendas...

-Rescatar princesas, comer perdices... Tener un final feliz. Lo entiendo.

Y entonces tomé una decisión que, aunque dolorosa, era la correcta.

-Espera aquí.- y me dirigí directamente hacia aquella mujer sin inspiración, decidida a reavivar en ella lo que sin duda se había marchitado, y que irremediamente necesitaría para terminar su libro: imaginación. Tras unos largos minutos regresé de nuevo junto a Weesh, que me miraba con la curiosidad reflejada en el rostro. Quise explicárselo, pero de repente su materia empezó a fundirse con el aire, a evaporarse sin más. Intenté acariciar su rostro, pero mi mano lo atravesó como si del viento se tratase. Quise decirle que Anne terminaría su historia, que viviría aventuras, que encontraría el amor... Pero ya no se encontraba allí. Fue como si nunca hubiese existido. Y una lágrima silenciosa dijo lo que mis labios no pudieron pronunciar: *Adiós*.